

NUESTRO SENOR JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO 2006/B

¿Celebramos el banquete de Cristo el Rey, pero qué queremos decir con esto? ¿Cómo concebimos este reino? ¿Qué tipo de rey es Cristo? Todas las lecturas de hoy tratan de situarnos en el cuadro derecho de lo que la monarquía de Cristo es y sus exigencias, y como podemos pertenecerle.

Déjenos comenzar explorando la 1a lectura. Entender mejor esta lectura requiere que sepamos el contexto por el cual fue escrito. De hecho, en una visión dramática por la noche, Daniel ve a cuatro bestias enormes venir del mar, a saber león, oso, leopardo y, entonces, un monstruo que aplasta todo en su paso. Estas bestias simbolizan, él dice, los grandes reinos del mundo que han oprimido sucesivamente Israel.

Al final, él ve a un Hijo de hombre que viene del cielo con quien es dado por dios todos los poderes y dominios sobre el mundo entero y las naciones de la tierra. El reinado del Hijo de hombre viene al final cuando todos los otros han desaparecido. Su dominio y reinado duran para siempre; nada puede destruirlo. Todos los pueblos de la tierra serán sumisos a él, pero no oprimidos; ellos reinarán hasta con él.

Esta visión nos comunica un doble mensaje cuando era para Israel. Primero, Dios tiene su tiempo para hacer la justicia y derrocar aquellos que persiguen a su gente. Segundo, independientemente de lo que puede pasar a su querido, él intervendrá y los pondrá en libertad. Ellos tienen que tomar el coraje y esperar la salvación.

La cosa, sin embargo, consiste en que del punto de vista histórico, esta profecía de Daniel no fue completamente realizada. Incluso si es verdadero que Israel se deshizo de enemigos extranjeros en aquel tiempo, la gente fue una y otra vez por otro sometimiento político. De hecho, cuando un profeta habla, está en un sueño, cuando un Youngman diría, "cuando soy el adulto, tendré una casa hermosa". Pero como este sueño vendrá a la realidad, él no sabe.

En la interpretación oral judía de la ley llamamos "el Talmud", hay una historia de un hombre que durante una noche oscura encendió una lámpara, pero el viento lo apagó. Él encendió un segundo y una tercera vez, pero el viento siguió apagándolo. Al final, él dijo que él esperaría hasta la salida del sol. Cuando Israel era repetidamente colonizado por la historia, la salida del sol significó resultar al Mesías. De ahí, el deseo para el tiempo mesiánico donde Dios intervendría para su gente. Hoy en Israel unos todavía esperan al Mesías.

Y aún, el Mesías ha venido ya; esperamos su segunda llegada, cuando él ha prometido. Jesucristo es el Mesías. Él es el principio y el final de todo, la Alfa y la Omega de cada criatura que existe. Él es el testigo fiel, el primogénito de los muertos y las reglas de la tierra. Él es el salvador del mundo. Él nos ha salvado de nuestros pecados por su sangre y nos ha hecho los miembros del reino de su Padre y nuestro Padre, su Dios y nuestro Dios. A él pertenecen la gloria y el poder para toda la eternidad.

¿Pero cuál es la esencia y el contenido del reino de Cristo del que hablamos? Para Jesús, su reino no es de este mundo; esto no le pertenece; esto no tiene nada que ver con poder mundano, triunfo humano o dominación. Es esencialmente y sobre todo testimonio y sacrificio en el servicio de la verdad.

De hecho, la tentación siempre estaba en la historia de la iglesia para hacer el reino de Dios visible en este mundo por la búsqueda para el poder temporal. Abajo los siglos el reino del Mesías han sido aturcidos con los reinos de este mundo. Piense en los estados pontificales a cual revolución en Italia acaban o el establecimiento del Reino de Jesús entre los indios en Paraguay por los padres jesuitas en el 16o siglo. A veces el triunfo de Cristo ha sido identificado con los triunfos de sus representantes en la tierra. Así la Iglesia se hizo “triumphalist”, en el concurso directo con las otras cabezas de naciones.

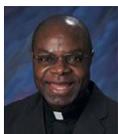
Y aún, escuchando al diálogo entre Jesús y Pilate en el Evangelio de hoy, realizamos que su monarquía es de otro tipo. De hecho, Jesús nunca procuró ocupar el primer lugar en su ministerio y vida; él nunca quiso ser servido, al contrario él dio un ejemplo de servicio a todos por sus palabras y actos. Coronar todo lo que, él lavó los pies de sus discípulos y dejó su vida en la cruz. Él reaccionó a todas las tentativas de hacerlo aceptar la monarquía de este mundo. Y cuando la gente quiso hacerlo rey, él huyó al punto de decepcionante las expectativas mesiánicas de sus propios discípulos.

Tales hechos muestran que el reino de Jesús es el de corazón y fraternidad, del servicio a todos y hermandad entre pueblos y naciones. Este es la razón por qué él nació y envió en el mundo, a saber para decir todos los pueblos la verdad que Dios es su Padre y ellos son todos los hermanos y hermanas, y que ellos pertenecen a su reino, que Dios los ama y quiere que ellos sean sus niños.

A este respecto, el avance del reino de Jesús corresponde a otros criterios que aquellos usados para juzgar el crecimiento de nuestras República y Reinos. Su crecimiento depende de nuestra conversión de corazones dejando a la verdad del Evangelio que dirige nuestras vidas y acciones. Pertenecemos al reino de Jesús en cuanto dedicamos nuestras vidas al servicio de nuestros seres humanos del mismo tipo, tener cuidado de ellos con respeto y afecto como si Dios actuara por nosotros.

Donde la gente se esfuerza por superar conflictos y vivir en la paz el uno con el otro, donde la gente perdona el uno al otro, sabiendo lo que sin la vida de perdón es imposible, allí el reino de Jesús está en el trabajo. En otras palabras, el número del bautizado, la eficacia de nuestras estructuras de ecclesial o la belleza de nuestras catedrales, no determina el reino de Jesús. Si no hacemos Jesús el rey de nuestros corazones y nuestras vidas, no pertenecemos a su reino.

Déjenos pedir a Jesús ser el rey y la regla de corazones y vidas. ¡Puede él triunfar nuestros pensamientos y acciones y enseñarnos amarlo y servirlo amando y sirviendo el uno al otro! ¡Que Dios los bendiga a todos!



Fecha de Sermón: Diciembre 3, 2006
© 2006 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20061203homilia.pdf